

# DE PENSIÓN COMPLETA

Las maneras de vivir el hombre, aunque en apariencia se nos presenten como pasos hacia delante, tienen mucho que ver con pescadilla que se muerde la cola. O con la ley del péndulo. No sería raro que la gente volviera a entrar por el aro, un aro amplio, cómodo, de los hoteles a base de pensión completa. Así el péndulo habría consumado su regreso al punto de partida; o sea, a la situación de hace unos decenios, cuando sólo en las grandes capitales, y no mucho, encontraba el viajero ese servicio defectuoso (en el sentido de falta de algo), decapitado, que consiste en ofrecer al cliente una cama pero no una mesa.

Lo normal, por entonces, era el establecimiento que acogía al huésped como si dijéramos «a todo riesgo», y lo cobijaba y mantenía. Pero después, con eso que llamamos el nivel de vida, aumentó el censo de restaurantes de todas las vitolas. Y, sobre todo, proliferó la cafetería: menos mal, una palabra nuestra que se ensarta en el idioma más imperialista del mundo. Da gusto oírla en Londres como en Nueva York. El público demostró su preferencia por una novedad tan seductora en su rapidez de servicio, pero que, además, se orientaba hacia una dietética más acorde con los tiempos. La propia terminología oficial iba a acusar el fenómeno. En las tablas de los organismos turísticos no se da la cara tan abiertamente como antes, en lo de pensión completa, concepto que ha de obtenerse sumando al precio de la habitación el de lo que ahora llaman pensión alimenticia, con algunas proclividades al nada bonito galicismo de «comidas en bloque». A propósito de nomenclatura legal, ¿qué se hizo de la «fonda»? A mí su desaparición me duele un poco estéticamente, como si fuera un desacato a la generación del noventa y ocho.

Yo sospecho que ahora mismo un ambiente de hotel de pensión completa les pueda oler a muchos a literatura, y no a vida. Sin embargo, acabo de comprobar que no es para tanto. Insistiendo en lo del vaivén, siempre hay espíritus prudentes que conservan una posición central, con lo que a cambio de no conocer algunos vértigos, también se ahorran la vuelta atrás. Sucedió, hace unos días, que la ciudad estaba hasta la bandera, la del salón náutico y de alguna otra exposición coincidente. Y uno, como en el refrán del que marchó a Sevilla, se encontró con que había perdido la silla de su costumbre. Después de algunas zozobras me recibieron en un hotel. Era un buen hotel, sin duda. Quizá se echara de menos alguna superficie lisa, un lugar donde sentirse a salvo de los retorcidos abrazos del barroco; pero las alfombras eran espesas y

cómplices para el silencio, los espacios amplios, el servicio atento. No es que fuera una exigencia de la Casa, pero comprendí que allí lo propio era atenerse a la vieja norma de la hospitalidad entera. Y puntualmente acudí al comedor. Fue el reencuentro con el viajero, incluso con el viajante que fui algún día. Los comensales se dirigían sin titubear a sus sitios consabidos, había saludos de mesa a mesa, se hacían comentarios con los camareros. En un ancho aparador se alineaban algunos frascos con medicinas que discretamente eran aportados a sus usuarios, junto con las botellas numeradas del vino que en las comidas anteriores no se hubiera acabado de consumir. Y con cada servicio, aunque disimulado en receptáculo de plata, ese discutido auxilio de los palillos de dientes que un viajero internacional encuentra en España, echa de menos en Francia -salvo en las farmacias- y vuelve a encontrar al meterse en Italia por Ventimiglia...

A mí, por ser nuevo, me tanteaba el jefe del comedor: «Hoy, viernes, el casolí de bacalao a la catalana...» Pero con espíritu liberal me presentaba al tiempo un tentador surtido de carnes y caldo de carnes. Todo esto dentro de los varios platos con que exageradamente se forma el menú, la cena como el almuerzo, en los hoteles de pensión completa.

Cual haya sido mi refrigerio cuaresmal no lo voy a declarar ahora, que es negocio de puertas adentro. Sí diré que largamente pude pensar en que una mesa así, con el vecino salón esperando para adormilarse prudentemente en la penumbra, más que estampa rancia de un tiempo pasado debiera ser la forma de hospitalidad idónea para el hombre moderno. Y no se entienda que predico ninguna renuncia, ningún apoltronamiento. Al contrario. Es que la vida llegará a ponerse tan complicada, tan nerviosa, que sólo podrán hacerle frente los tranquilos.

Lástima que al final una pequeña laguna se quedara conspirando contra mis augurios. Reconozco que nada puede hablarse del porvenir sin contar con los más jóvenes. La media de edad de mis convecinos ocasionales rebajaba duramente mis esperanzas. Y luego, las mujeres. No había ni una de esas ninfas delgadísimas que llevarse a los ojos. Pero no me doy por vencido. Bastará con que los hoteles de pensión completa pongan los zumos de tomate donde los potajes, más ensaladas que guisados, mejor naranjas que tartas de hojaldre. Lo que hace falta, en fin, para andar por el mundo con una de esas siluetas que ustedes ven, cada semana, en el «retablo femenino» de LA VANGUARDIA...

**Antonio PEREIRA**